

industrias nuevas y la aplicación de nuevos inventos a las antiguas, una política mundial respecto al oro, al combustible, a la agricultura: en una palabra, un acuerdo general que extraiga algún sentido universalmente válido de nuestra babel de adquisiciones separadas y particulares. Pero es difícil llegar a un acuerdo internacional sobre cualquier asunto importante; imposible, habría podido decir un pesimista hace un año o dos. Pero la necesidad crea curiosos compañeros de lecho. Para citar sólo un ejemplo, la caída de precios del trigo ha llevado a enemigos tan inveterados como Hungría y Rumania a celebrar una conferencia y a pactar un acuerdo. Mientras escribo esto, pertenece al futuro el resultado de la conferencia que se efectúa en la casa de campo de Macdonald, en Chequers. Queda por ver si saldrá algo de allí o si todo acabará como han terminado tantas conversaciones internacionales e imperiales: en meras expresiones de una vaga amistad y en la formación de votos admirables que ninguno de los gobiernos allí representados es capaz de realizar. Así fué como, para poner un ejemplo reciente, acabó lamentablemente la conferencia agrícola reunida en París a fines de febrero último. Delegados de la Europa central y Oriental—que forman una liga triguera—se reunieron con delegados de los países industriales del Oeste. Ambas partes se hallaban en muy mala situación; ¿por qué no concertar un arreglo mutuamente provechoso: cambiar tanto trigo por tantos artículos manufacturados? Con asombrosa lucidez, M. Poncet, presidente de la conferencia, explicó por qué no era posible tan simple y sensata solución del problema. "La mayoría de los estados representados en la conferencia—dijo, son países en donde es libre el comercio de granos. El estado, el gobierno no es comerciante en trigo y los delegados que asisten a la conferencia están totalmente desprovistos del poder de comprometerse como compradores de tales o cuales cantidades de trigo de una u otra calidad, a tal y tal precio, porque sus gobiernos no acostumbran a proceder en esta forma".

Los gobiernos no acostumbran a proceder en esa forma.

He aquí el meollo del asunto. Los gobiernos actuales del mundo son como ancianos respetables, apegados a sus hábitos, hábitos que, en su mayoría, se formaron y fijaron entre 1830 y 1870: dilatorios hábitos parlamentarios; hábitos, en materia de economía política, de *laissez-faire*; hábitos nacionalistas; tortuosos y mendaces hábitos de diplomacia *metternichiana*; vetustos hábitos medievales de armarse hasta los dientes. Y habrá que respetar los hábitos de tan venerables ancianos, aunque resulte evidente que son nocivos y peligrosos para la civilización. Tan sólo rejuveneciendo a esos viejos y aboliendo sus costumbres arcaicas; sólo modernizando las institucio-

nes vigentes y facultando a los gobiernos para manejar adecuada y prontamente los problemas de una civilización en pugna con sus propias artes, lograremos salir del atolladero. El arte de coordinar las artes separadas ha de ser primeramente inventado e impuesto luego por alguna autoridad central vigorosa e inteligente. Sí, impuesto; pues como ocurre, lo deseable no es lo mismo que desea en la práctica, por lo menos una parte importante de la población. Los gobiernos no son los únicos respetables ancianos de costumbres nocivas que afligen nuestro mundo actual. En la industria, en el comercio, en la finanza, en la agricultu-

ra, en casi todas las demás esferas de la actividad social los hay también. Y aunque esas artes aisladas sean jóvenes y activas, todavía quedan en ellas aspectos anticuados, consecuencia de hábito heredados del individualismo del siglo diecinueve. Este vejestorio, que llevamos dentro de todas nuestras juventudes, está a punto de morir; pero muere con harta lentitud. Los tiempos difíciles que vivimos exigen su rápida victimación. Y nadie podrá darle el golpe de gracia sino un gobierno rejuvenecido, provisto de las necesarias armas institucionales y capaz de obrar prestamente y con implacabilidad ilustrada e inteligente.

Aldous Huxley

## Persiflage

### La comedia de las equivocaciones

— Colaboración directa —

Para don León Guerra, de Puntarenas, porque, sutil y bien enhebrado, sabe pespuntarse sobre telas de diversos tejidos y juntarlas, hábil escuchador.

Plotino y Gissing han hecho buenas migas. Yo diría que más que nada los une un odio a la democracia que tienen en común. No quisiera, sin embargo, equivocarme. La comunidad de ideas no siempre junta a los hombres en abrazo estrecho. Hay otros nexos que tienen más poder, y el amor nada o poco tiene que ver con las ideas, con los juicios. Plotino y Gissing, pues, se quieren porque sí. Y, como se quieren, celebran juntos pensar lo mismo respecto de la democracia, esto es, detestarla ambos. Gissing me ha dicho, muy contento, que Plotino es hombre de juicio bien sólido, lo que al instante me hizo sonreír interiormente. ¡Hay tanto en la cabeza de Plotino que le parecería absolutamente absurdo a mi viejillo inglés! Pero hace bien el inglesillo canoso en no fijarse en nada de eso sino sólo en aquello que le agrada. Cuando se dejan de querer es cuando los amigos comienzan, en inoble afán de justificar la pérdida de su cariño, a pensar con aguda minuciosidad de detalles en las inmensas diferencias de modos de pensar entre ellos. Ese solaz me parece indigno de gente bien nacida. Cuando hemos perdido un cariño, una amistad, pensemos mas bien que las fuerzas ciegas que, fuera de nosotros, obran en nosotros sin embargo, nos han hecho un mal irremediable. Y hagámonos grandes en la contemplación de esa tragedia.

Algo de esto hemos discutido hoy de sobremesa. Plotino se quedó para compartir con nosotros el deleite de hablar de estas cosas. No podría yo decir ahora hasta qué punto las ideas que arriba he expresado son propiamente mías o de él. El clavel moreno, tan tontita, tan timorosa, tan acostumbrada a oírnos hablar como quien oye llover, esta vez se metió en la discusión. Fue ella quien aportó el punto de vista cristiano. «Cuando se ha perdido un amigo», dijo, «es porque algún daño nos ha hecho. Y hay que perdonarlo». «¡Oh, cristianos!» exclamó

Plotino. E inmediatamente después, inconscientemente, el clavel moreno ha iluminado el punto de vista cristiano, no el de Cristo, seguramente, pero sí el de quienes se llaman con su nombre, diciendo: «Yo siempre perdono, pero no olvido.»

«El clavel moreno tiene sangre mongólica», dijo la Sarah israelita. «Mírenla los ojos, y, más que los ojos, las mejillas. La sangre explica mucho. ¿Qué doctrina no torcerá el mongol, por bondadosa que sea, hasta sacarle punta de crueldad? No olvidar una ofensa es una forma de torturar. Nosotros los judíos, en cambio, preferimos arrancarnos de un golpe todo rencor. Ojo por ojo y diente por diente. Cuando era joven me fascinaba aquel sermón de Jesús en contra de esa doctrina. Pero ya veis a lo que la doctrina cristiana conduce, a la eternización de la memoria de la ofensa, a que el recuerdo del daño hecho a nosotros se nos haga cáncer en el corazón. El mismo Cristo como que a ratos comprendió el problema. El también dijo: Si tu ojo te ofende arráncatelo. De esta noble consideración, superior a todo lo que los estoicos pueden alegar, no hay más que un paso a la verdadera doctrina judaica de arrancarle al enemigo un diente si nos ha hecho él ese mal, de cortarle un brazo si nos ha dejado mancos. Jesús, al fin de cuentas, fué buen judío.»

Gissing, que ni que lo maten se da cuenta exacta de dónde ni cuándo estamos, cree que Plotino conoce su Inglaterra de él, y le habla de las torpezas de los socialistas de su patria con una frescura que asombra. Plotino tal vez haya leído uno que otro de los libros de Julio César en los que habla de la Britannia y de sus salvajes moradores a quienes él el primero fué a conquistar hará más de trescientos años. «Claro», dice Plotino, «por más que se romanicen, ni en mil años podrán civilizarse». Gissing se imagina que esto se